

**DICASTERIO PARA LOS LAICOS, LA FAMILIA Y LA VIDA
ENCUENTRO ANUAL DE ASOCIACIONES DE FIELES Y MOVIMIENTOS ECLESIALES**

SANTA MISA

(Basílica de San Pedro – 13 de junio de 2024 –8:00 horas)

HOMILÍA DEL CARD. FARRELL

(jueves, 10ª Semana del Tiempo Ordinario: *1Re 18,41-46; Sal 64; Mt 5,20-26*)

Queridos hermanos y hermanas:

Jesús pone una condición exigente para entrar en el Reino de los Cielos: tener una justicia superior a la de los escribas y fariseos. Los fariseos, aunque muy observantes, pensaban casi exclusivamente en la relación con Dios, es decir, podemos decir que su “justicia” se centraba en la dimensión vertical del amor, mientras que descuidaban la relación con los demás, la dimensión horizontal.

Para ilustrar su enseñanza sobre este tema, Jesús menciona tres actitudes que nos separan de nuestro hermano: enfadarse con él, llamarle “estúpido”, llamarle “necio”. Se trata de tres grados progresivos de condena: alejarse del hermano con ira; considerar sus ideas de poco valor; presumir de entrar en lo más profundo de su conciencia, llegando a desvalorizar incluso su relación con Dios, considerándola falsa, superficial e hipócrita. Estas palabras las pronuncia Jesús al comentar el quinto mandamiento: “No matarás”. Así deja claro que se puede “matar” al hermano dentro de uno mismo, es decir, no materialmente, sino espiritualmente. Despreciar al prójimo y condenarlo sin apelación es violar el quinto mandamiento, es ya “matar” al hermano en el propio corazón.

Por eso, Jesús nos invita a ir más allá de la “justicia de los fariseos”, es decir, a superar la separación entre el culto a Dios y la relación con los demás. En Jesús todo está unido: Él es hombre y Dios, ama perfectamente al Padre y ama a los hombres. Se siente amado por su Padre y con el mismo amor ama a los hermanos: «Como el Padre me amó, también yo los he amado a ustedes», dice en el Evangelio de Juan (*Jn 15,9*). Desea llevar a Dios a los hombres, pero al mismo tiempo desea llevar a los hombres a Dios.

Si lo pensamos bien, la “justicia superior” de la que habla Jesús es Él mismo, es su manera de ser y de actuar. Pero nosotros también podemos llegar a ser partícipes de ella, ¡y esto nos reconforta! Porque quien ha creído en Jesús y ha recibido de Él el Espíritu Santo, ¡llega a ser como Él! ¡Participa de Su “justicia superior”! Ya no separa su relación con Dios y su relación con sus hermanos y hermanas. Se vuelve capaz de amar a Dios con todo su corazón y a su prójimo como a sí mismo. Esta unidad redescubierta, este amor único que abarca a Dios y a los hermanos, ¡es el fruto más maduro de la fe cristiana!

Queridos hermanos, mientras nos disponemos a vivir esta jornada de reflexión sobre el tema de la sinodalidad misionera, pidamos la caridad que es don del Espíritu Santo para que, en nuestras relaciones personales, en nuestras familias, en nuestras comunidades eclesiales, alimentemos siempre un amor sincero por los hermanos y hermanas que el Señor ha puesto a nuestro lado.

Amén.